



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10370

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 28 DE MAYO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panado, etc. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataforma y demás accesorios, correas, etc. etc. etc. Referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE
12. CASTELLINI 12.

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

¡OH, LOS TOROS!

Vivimos en el mejor de los mundos posibles. Aun somos el pueblo de pan y toros, aquel pueblo que se olvidaba de su miseria viendo á Montea poner banderillas al quiebro y á Pepe Hillo dando una esterada hasta el puño. Porque eso sí, nosotros nos olvidaremos de todo, y crearemos de lo mas preciso; pero en hablando toros todo va bien. Ahora estamos preocupados con la mano de Guerrita y con la corrida de Aranjuez. ¿Porque el diestro ó se aguará la fiesta? Esta duda nos tiene con la calma perdida. Eso sí, nosotros no hemos de ir á Aranjuez á ver los toros; pero nos interesamos por el lustre de la fiesta y nos preocupamos en lo que no nos importa, precisamente por eso; porque no nos importa nada. Es verdad que luego hacemos la revista, cuando la leigan los periódicos, y eso ya es algo: si no equivale á presenciar la fiesta se le asemeja mucho. Los que están con el alma en un tris son los de Cáceres. Yo no sé

como pueden dormir la siesta y digerir los garbanzos del cocido.

Figúrense ustedes que Guerrita debe exhibirse en la plaza de Cáceres el día treinta y uno, porque tiene allí una cita con unos miureños de lo mejor de la ganadería.

Pues bien, el maestro está citado en Aranjuez con otros bichos, y mientras no concluya la pelea en el Real Sitio no puede ponerse á disposición de los de Cáceres.

Y ahí tienen ustedes á todo un pueblo pendiente de que un toro marrajo coja al Guerrita y lo deslome, ó á la voluntad de un guarda aguja que se despierte entorpecido y lance al abismo el tren que conduzca al matador, en vez de echarlo por el camino recto y seguro para llegar á la estación de Cáceres.

Todo eso nos importa un bledo; pero nos ocupamos de ello más...

¡Qué vergüenza para nosotros, españoles por los cuatro costados, si no estuviéramos al tanto de cuanto ocurre respecto á toros y coladas!

Bueno que no sepamos buscar mercado al vino que nos sobra, ni si fue Wamba ó D. Rodrigo quien perdió la batalla de Guadalete; pero no conocer la vida de Picalimas ó el Palata, ó los hechos del toro Jaquetón, que se murió de rabia en el circo taurino de Madrid, porque le arrimaron un puyazo en el morrillo, es imposible.

Y se habla del Cid y de Guzmán el Bueno y de Pelayo y tantos otros varones ilustres que hicieron proezas...

Para valiente el toro Jaquetón.

¡Ese sí que ha dejado renombre! ¡Ah! y también ese otro toro llamado Becardo, que ha matado en la plaza de Barcelona nueve pechos y que ha sido arrastrado por las mulillas en medio de los aplausos entusiastas del pueblo catalán. ¿Se les ocurren á ustedes algunas reflexiones sobre el asunto?

Pues mucho enlaidado con las silbas.

RAUL.

CRONICA MADRILEÑA

Casaron los tan apetecidos días lluviosos, y aunque en algunos ratos el cielo cubriase de celajes cenicientos, durante estos últimos ocho días hemos disfrutado de las hermosuras de la primavera, y nuestras bellas han salido á la calle con los vaporosos trajes de claros colores y los sombreros de paja con todo un jardín ó un muestrario de cintas y plumas para adorno.

Madrid está hoy en plena primavera; lo dice la tibia temperatura de las mañanas, la frondosidad del Retiro y la Moncloa; los puestos de horchata y agua de limón instalados en las calles y plazas; las fresas que de Aranjuez vienen por las mañanas; los primeros claveles y rosas salidos de las estufas madrileñas, que vemos en las manos de las floristas y en los puestos de algunas plazas, y los últimos que Valencia y Málaga nos envían en apretados mazos.

Hoy Madrid atraviesa su época de bellezas. En todas partes hay alegría, juventud, colores, mucha luz y cuanto da vida y hace olvidar las horas tristes.

Después de poco, cuando en las postimerías de Junio el termómetro marque treinta y tantos grados, todas esas muletas que con la alegría de la juventud en el rostro pulsan en el tribunal libre del Hipódromo y lucen magníficos trenes en los desfiles de las carreras, nos abandonarán por irse á buscar fresca temperatura en las playas del Norte. Pero entre tanto, animan los cascos del Retiro; hacen más grato á Recoletos y á la Castellana; distraen la atención en la Exposición del Palacio de Cristal, y en todas partes dan con su presencia la nota colorista.

Pero si la mujer que lleva su galguito inglés, su «Fox-terrier» y demás perros microscópicos á la actual exposición canina de los Jardines nos deja en Madrid, queda la que expone el precioso perillito de blancas y rizadas lanas y el jugueteo «Suer» irlandés. No presta animación á las carreras de caballos y otras diversiones de la alta sociedad, pero sus

gritos de alegría, sus juegos, sus carecujadas hacen encantadoras las mañanas del Retiro y las tardes de la Moncloa y Casa de Campo.

Echegaray nos tiene acostumbrados á sorprendernos con producciones hermosísimas, en cuya labor han sido invertidos muy pocos días; pero también, con harto dolor, vamos notando que esa su fecundidad no le proporciona la gloria, la recompensa á que es acreedor, á causa de que la labor que para poseer el perfecto natural necesita larga gestación, detenido estudio, la lleva á cabo en muy pocos días, haciendo un esfuerzo cerebral nada ordinario, y sacrificando las bellezas y los primores todos de su obra.

Si en producciones improvisadas para beneficios no tuviéramos pruebas de que esta nuestra creencia no posea fundamento, en «Amor salvaje» lo veríamos.

En esta obra dejó escritos los tres actos de la nueva obra que él llama boquejo dramático, y si pretendiéramos actuar de críticos, como con que no soñamos por carecer de las condiciones para ello—no nos detendríamos en apuntar bellezas, defectos; pero como nuestra misión es la de simple cronista, diremos que en el nuevo proceso psicológico del Sr. Echegaray se advierte—por la languidez de unas escenas, por lo precipitado de otras y falta de corrección en muchas la precipitación con que ha sido escrita.

A la terminación del segundo acto el Sr. Echegaray subió á escena; pero al finalizar la representación el público guardó respetuoso silencio.

Los héroes de la noche, como siempre, la señora Giannini y el gran Nové III, que cada día se le quiere mas en este Madrid; á que él ha cobrado tanto cariño.

Ahora esperemos la producción de Eugenio Sellés, que se estrenará en la presente semana.

Atravesamos un periodo tan optimista y nuestro tesoro está tan exhausto, que todo lo que se distraiga indebidamente, adhiere una falta considerable. Pero tan doloroso era que á manos de extranjeros fuera á parar acaso el mejor retrato salido de manos de aquel pintor tan español y tan original llama do Goya, que el esfuerzo hecho para adquirirlo en unión de dos cuadros cos-

tumbritas del mismo pincel, de la estatua de «Hebe», por Canova, del retrato del conde Villamediana, por Carreño, y de la «Elevación del Montgolfier», por Carnicero, para nuestro Museo del Prado, á todos pareció bien, y hasta ha llegado á lamentarse que no se pueda adquirir ningún cuadro más de los que del insigne pintor zaragozano figura en la exposición Osuna.

Así como de otros pintores hay buen número de obras en nuestro museo y algunas cuyos merecimientos para figurar allí son harto escasos, de Goya hay tan pocas y es tan incompleta su colección, por haber sido muchos los géneros cultivados, que era una necesidad patriótica y artística, la adquisición de obras, para que en el conjunto formado pudiera estudiarse debidamente la enérgica y libre escuela de aquel genio que tanto le debe el arte pictórico español.

Novedades de escenario, durante la semana, se han registrado varias; pero fuera del estreno de «Amor Salvaje», solo la primera representación de «Las Mujeres», en Apolo, es digno de mención.

Tal obra es un sainete de Javier de Burgos con música del maestro Jiménez, que tiene toda la salina que su autor reserva para determinados casos.

En mucho valor se tiene á Javier de Burgos como sainetero. En verdad que se lo merece todo, pues el renacimiento del sainete español, el autor de «Cádiz» es á uno de los pocos que se le debe.

Muchos, buenos y reproductivos triunfos ha obtenido el primer forjador de «caupules» en el teatro; y con decir que «Las Mujeres» es y será una de las mejores, creemos decir lo suficiente en favor del nuevo sainete.

Retratados con mano maestra desfilan varios tipos madrileños, que, desde que se levanta hasta que se baja el telón, no dejan de hacer reír al público. Como dijimos al principio, es mucha la salina con que se hallan esmaltadas «Las Mujeres».

La música de Jerónimo Jiménez, como toda la suya, muy expresiva, muy alegre, y diciendo de dónde es el que la escribió.

Para bien de la caridad y del arte ya tenemos entre nosotros á esa confederación de obreros-coristas, conocida por

mis Merton no dejaban de chocar algunas veces á Evelina, pero aquella entonces le daba otro sesgo á las cosas, como si solamente hablara hablado en el mundo. No quería tampoco de ciertos movimientos de sensibilidad, comunes en los que frecuentan el mundo, especialmente en las señoritas que ya empiezan á salir y á mezclarse un poco de no haber llegado á ser señoras; pero por muy comunes que fuesen, esas frases sentimentales, Evelina las consideraba como extravagancias de una alma noble y amante. Además, Evelina era muy cariada; jovial, llena de amabilidad, y tenía sobre Evelina la superioridad que una muchacha de veintidós años, acostumbrada á la sociedad de Londres, debe tener sobre otra de diez y siete años, criada en el campo. Por parte de Carolina había mucho agasajo, mucha cordialidad; la hija del ministro conocía que no podía observar siempre la preeminencia, ni aun la de la moda, sobre la rica heredera. Una noche estaban sentadas en el pórtico de la casa mistress Leslie y mistress Merton, lady Var... había sido de aliento y las dos muchachas conversaban condescendientemente en el cuadro de césped. Mistress Leslie dijo del perrito: —No es bonita, ¿una criatura encantadora? Y en lo que quedaba plenas de entusiasmo; hay en ella mucha simpatía, y sin embargo posee unas dotes tan



CAPITULO VII

Precisamente Carolina y Evelina habían de hacer cercas amigas íntimas. Pocas afinidades existían entre una y otra, pero la suerte las había reunido, y esto era bastante en su edad para que se ligaran amistosamente. Dispuesta Evelina á ver las cosas por su lado bello, lleno de confianza y exento de envidia, naturalmente llevada á la admiración, y falta de experiencia, Carolina fue para ella una novedad brillante é imponente. Las ideas frívolas y mundanas de

na sencillamente pero con gravedad; solo mucho más á propósito que yo para lord Vargrave. —Por qué me deis eso? preguntó Carolina riendo. —Porque en vuestra mucha semejanza en su modo de pensar y el vuestro. Y nada de lo que dice él simpaliza conmigo. —Bonito cumplimiento me hacéis! Pero creedme, querida mía, cuando hayais visto el mundo tanto como yo, simpalizaréis conmigo... Y es muy viejo lord Vargrave? —No, yo no pienso en su edad, y realmente, parece más joven de lo que es. —Y es buen mozo? —Puede llamarse tal, os parecería muy bien. —Pues si viene aquí, vay á hacer los mayores esfuerzos por quitaroslo; no os desquidéis! —Ah! yo lo agradecería infinito, y le amaría mucho si quisiera enamorarse de vos. —Ma temo que no haya esperanzas de eso. —Pero, como es, preguntó Evelina algo dudosa, como es que habéis visto el mundo mucho más que yo? Estaba en la gracia de que el señor Merton residía en el campo una gran parte del año. —Es verdad, pero, mi amor, Juan Merton es disputado por el conde; mi abuela, señora lady Isa... á quien le ha pasado. Tregany, como viéndola, para que los años una temporada en Londres, y yo le he acompañado ya tres veces. Esta